



**Un empresario extranjero en el desierto argentino:  
Juan Bautista Alberdi y su *Vida de William Wheelwright***

**Patricio Fontana<sup>1</sup>**

Universidad de Buenos Aires  
patriciofontana@hotmail.com

**Resumen:** En este artículo se analiza la biografía del empresario William Wheelwright escrita y publicada por Juan Bautista Alberdi, en París, en 1876. En él, se hace especial hincapié en el interés de Alberdi por sacar del silencio a los que denomina “héroes de la paz”, y así corregir la predilección por la guerra y los guerreros que advertía en la producción histórica y biográfica sudamericana del período. Así, mediante esta biografía, Alberdi busca un cambio de paradigma historiográfico. También se interroga el modo en que esta biografía se inscribe en la disputa, ostensiva o velada, que desde comienzos de la década de 1850 venían manteniendo Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento y, finalmente, algunos aspectos de la recepción de este texto en Francia, primero, y en los Estados Unidos, después.

**Palabras clave:** biografía – héroes de la paz – Alberdi – Wheelwright

**Abstract:** In this work, there is a critical analysis of William Wheelwright's biography, written and published by Juan Bautista Alberdi, in Paris, in 1876. Special emphasis is placed on Alberdi's interest in bringing into light what he calls “heroes of peace” and in correcting the preference towards war and warriors that he noticed in South American historical and biographical texts. So, with this biography, Alberdi intends to change the historiographical paradigm. In this work, we examine how this biography falls within the dispute, ostensive or veiled, between Alberdi and Domingo Faustino Sarmiento (since 1850). Finally, we examine some aspects of the text's reception, first in France and then in the United States.

**Keywords:** biography – heroes of peace – Alberdi – Wheelwright

---

<sup>1</sup> **Patricio Fontana.** Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Docente de Literatura Argentina del siglo XIX en la Universidad de Buenos Aires y de Historia del cine argentino y latinoamericano en la Fundación Universidad del Cine. Ha publicado artículos en revistas académicas y volúmenes colectivos. Con Claudia Roman realizó la traducción, el estudio preliminar y las notas de *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, de Francis Bond Head (2007). Es autor de *Arlt va al cine* (2009).

En 1876, las prensas de la editorial parisina Garnier Hermanos se ocuparon de publicar una biografía escrita por Juan Bautista Alberdi: *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sur*<sup>2</sup>.

William Wheelwright nació en Estados Unidos en 1798, más precisamente en Massachusetts, la tierra de Benjamin Franklin. Sus primeras actividades profesionales estuvieron vinculadas con la marina mercante: su padre era dueño de varios barcos. Encargado William de uno de ellos, en 1823, naufragó en las costas de Buenos Aires y decidió, por el momento, no volver a su tierra natal. “Se puede decir que Wheelwright ha tenido dos orígenes, dos vidas y dos patrias” (*La vida*: 42), escribe Alberdi, y agrega: “fue un regalo que las olas del Plata hicieron a la América del Sur, despedazándole su buque en el banco de Ortiz. Nuevo Hernán Cortés, se quedó en el mundo de su naufragio para conquistar su suelo...” (43).<sup>3</sup>

En Buenos Aires, según Alberdi, Wheelwright conoció los proyectos modernizadores de Bernardino Rivadavia y se entusiasmó con ellos. Pero no se quedó allí mucho tiempo (su biógrafo conjetura que eso se debió a que no era un puerto de mar) y enseguida se trasladó a las costas del Pacífico. En principio trabajó como “simple marino” (55). Poco después, fue nombrado Cónsul de los Estados Unidos en Guayaquil: “una posición de inmensa importancia para el desarrollo ulterior de su carrera industrial en esos países” (56). Como cónsul, estableció relaciones con distintas facciones políticas sin comprometerse con ninguna de ellas; esas “relaciones” luego le servirían para vencer algunos de los obstáculos que se les presentarían a sus proyectos.

En 1829, Wheelwright volvió a Chile. Desde ese entonces empezó a desarrollar una actividad empresarial que, durante por lo menos diez años, estuvo destinada a la creación de la Pacific Steam Navigation Company, una compañía de vapores con la que pretendía, en última instancia, unir los puertos

---

<sup>2</sup> Desde ahora, *Vida de William Wheelwright*. Un esbozo inicial de las hipótesis que presento en los primeros cinco apartados de este artículo figura en Fontana (2006).

<sup>3</sup> Me interesa destacar aquí algo en lo que me detendré más adelante. Para calibrar la importancia de Wheelwright, Alberdi lo compara con un conquistador (con un guerrero, al fin de cuentas). Lo que Hernán Cortés había logrado por las armas, Wheelwright lo logra por medios pacíficos.

del Pacífico con Europa a través del istmo de Panamá. Como tareas complementarias de la compañía de navegación, participó, además, en la explotación de minas de carbón y en la construcción de un ferrocarril entre la ciudad minera de Copiapó y un nuevo puerto, el de la Caldera, fundado en 1852.<sup>4</sup>

En 1855 se distanció de la compañía de vapores y, desde ese año, se involucró casi únicamente en “las empresas del vapor terrestre” (182). En principio, se interesó en realizar un ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, pero esta obra se frustró por “el escepticismo” (185) de los hombres de Estado.

Desde mediados de los 50, Wheelwright atiende únicamente a una idea: la construcción de un ferrocarril trasandino entre Buenos Aires y las costas de Chile. Hasta su muerte, se ocupó especialmente de ese megaproyecto del que, ya se verá por qué razones, sólo consiguió realizar “fragmentos o pedazos” (261): el ferrocarril entre Rosario y Córdoba o “Gran Central Argentino” (que se inauguró en 1870), y el ferrocarril entre Buenos Aires y el puerto marítimo de Ensenada (que se inauguró en 1872). Wheelwright murió en Londres, en 1873.

### **El héroe civil: adiós al guerrero**

Con esta biografía de un empresario norteamericano del transporte que desarrolló su carrera en América del Sur, Alberdi continuó proponiendo –como ya lo había hecho en su biografía del general Manuel Bulnes, de 1846– figuras alternativas a las que, desde su perspectiva, hasta entonces habían priorizado la historia y la biografía americanas. El objeto de Alberdi fue señalar qué vidas silenciadas era necesario recuperar al escribir la historia de Sudamérica: en reemplazo de los héroes de la guerra, pues, Alberdi determina en la “Introducción” a *Vida de William Wheelwright* que ya era hora de escribir sobre los héroes de la industria, del progreso, de la civilización: “¿No es ya tiempo de que la historia de Sudamérica deje de consistir en la historia de sus guerras y de sus guerreros, como ha sucedido hasta aquí?” (5), se pregunta. “El progreso social espera sus historiadores” (6), sentencia Alberdi y se propone iniciar esa

---

<sup>4</sup> Wheelwright fue cliente de Alberdi en Chile y amigo cercano desde esa época hasta su fallecimiento. En la correspondencia de Alberdi (por ejemplo, en la que mantuvo con su amigo paraguayo Gregorio Benites) han quedado señales evidentes de esa amistad, que la biografía, sin embargo, evita mencionar. Cfr. Alberdi y Benites.

tarea. *Vida de William Wheelwright* responde entonces a ese programa y se presenta como la vanguardia o el antecedente de otros relatos biográficos e históricos que, según Alberdi, deberían seguir su ejemplo.

Esta tarea en la que Alberdi pretendió ser precursor a nivel local era, hacia 1870, relativamente –insisto en el adverbio: *relativamente*– novedosa. En un artículo sobre un texto del anticuario francés Jean-Jacques Barthelemy, Carlo Ginzburg, con su habitual erudición, asegura que

La contraposición de las pasiones y los intereses, en sentido tanto psicológico como económico, había surgido a finales del siglo XVII, y a lo largo del siglo XVIII se había vuelto un tema fundamental de la filosofía política. [...] [G.H.] Gaillard [en su libro *Histoire de la rivalité de la France et de l'Angleterre*, de 1771] se ocupaba de guerras y luchas internas para sostener que los estados europeos tenían necesidad de paz: “Europa es civilizada, Europa se cree ilustrada, ¡y sin embargo hace la guerra! Nos hemos apresurado demasiado a aplaudir nuestras luces. ¡Europa está todavía en la barbarie!”. Los historiadores estaban aprendiendo a hablar de las actividades de la paz, de las actividades comerciales que habían posibilitado la supremacía de Europa por sobre el resto del mundo: pero era un género que se abría paso lentamente. (*El hilo y las huellas*: 209)

En Francia, en la primera mitad del siglo XVIII, Voltaire fue uno de los que insistió en la necesidad de abandonar el culto a los héroes de la guerra en una sociedad que se pretendía civilizada y pacífica; así, al menos, lo asegura François Dosse en su reciente libro dedicado al género biográfico:

La figura del héroe sufre una crisis a lo largo del siglo XVIII. Su carácter semidivino se ve contestado, en nombre de la razón, por la filosofía de la Ilustración. Los valores guerreros encarnados en el héroe se consideran, cada vez más, superados por una sociedad que aspira a pacificarse. El 15 de julio de 1735, Voltaire escribe a su amigo Thiériot sobre un relato del reino de Luis XIV al que considera demasiado militarista: “Una esclusa del canal que une los dos mares, un cuadro de Poussin, una bella tragedia, una verdad descubierta, son cosas mil veces más preciosas que todos los anales de la corte, que todas las relaciones de campaña. Ya sabe usted que para mí primero están los grandes hombres [*grands hommes*] y luego vienen los héroes [*héros*]. Y llamo grandes hombres a todos los que han destacado en lo útil o lo agradable. Los saqueadores de provincias no son más que héroes”.

[...]

En definitiva, los triunfos militares son vistos [por ciertos pensadores franceses del siglo XVII] como un legado efímero en relación con la solidez de las obras y los descubrimientos de los grandes hombres cuya aportación a la humanidad es más constructiva en la edificación de un patrimonio cultural común. (*La apuesta biográfica*: 166-167)

Bien entrado el siglo XIX, sin embargo, aún se discutía sobre la posibilidad del surgimiento de grandes hombres en ciertas ramas de esas actividades útiles o agradables a las que había celebrado Voltaire un siglo antes. En su *Cours de L'Histoire de la Philosophie*, de 1828, el filósofo francés Victor Cousin –alguien muy leído por la generación del 37 y en especial por Sarmiento– establece por ejemplo que los grandes hombres (*grands hommes*, Cousin usa el mismo sintagma que Voltaire) provienen por lo general de la actividad militar o de la filosofía y, en contraste, escasamente surgen en la industria o el comercio: “Por otra parte –dictamina–, las conquistas de la industria o del comercio se realizan poco a poco; cada siglo, cada individuo mete allí sus manos, pero los Watt son muy raros. Allí todo es lento, todo es progresivo; se trata de la ayuda [*aide*] de los siglos más que de la ayuda de los hombres” (32, énfasis del original).<sup>5</sup> De todos modos, adviértase que aun en un filósofo como Cousin en el que no se registra escrúpulo alguno al momento de exaltar los valores guerreros, aparece el reconocimiento de la existencia de al menos *un* grande hombre de la industria: James Watt (1736-1819), el ingeniero y matemático escocés que, si bien no inventó la máquina a vapor, la perfeccionó sensiblemente.

Quizá, entonces, no se trate tanto de que desde el siglo XVIII se produzca una completa crisis de los valores guerreros –y, por consiguiente, del culto o la admiración de los grandes hombres o de los héroes de la guerra– sino, como lo apunta Dosse, de una ampliación “del abanico de los personajes cuyos grandes hechos se consigna” (*La apuesta biográfica*: 169).

De todos modos, Alberdi sí se inscribe en esa corriente de pensamiento que pone en crisis los valores guerreros y busca celebrar la actividad de los hombres que consagraron su vida a actividades útiles o agradables: a actividades pacíficas. En relación con esto, las razones en las que se apoya para justificar la

---

<sup>5</sup> En este y otros casos, las traducciones de textos que en la bibliografía se citan en su versión en francés o en inglés me pertenecen.

escritura de la biografía del empresario William Wheelwright hunde sus raíces en ese proceso de reivindicación del concepto de interés que, desde el siglo XVIII estaría, según la formulación de Albert O. Hirschman en *The Passions and the Interests*, en la base de los argumentos políticos que justificaron el capitalismo “antes de su triunfo”.

Cuando Alberdi escribe *Vida de William Wheelwright* –último cuarto del siglo XIX– el capitalismo ya ha triunfado; pero los argumentos de Alberdi, tanto cuando encomia al empresario Wheelwright como cuando toma distancia de la reivindicación de la guerra y los guerreros, se remontan a ese período previo que estudia Hirschman. Para éste, por un lado, luego de su exaltación durante la Edad media y el Renacimiento, se produjo una deflación de los conceptos de gloria y honor, asociados especialmente a la actividad guerrera. También, desde el siglo XVIII, las pasiones empezaron a ser consideradas impredecibles e irracionales, mientras que el deseo de hacer dinero –el interés– cultivado mediante el comercio o el trabajo comenzó a ser visto como una actividad inocente y tranquila en contraste con el salvajismo de las pasiones. Y el cultivo de ese interés redundaba –según los argumentos de esa reivindicación– tanto en la prosperidad personal como en la colectiva. Según Hirschman, esta idea acerca de la índole benéfica del interés –esta moralización del interés– no es una justificación posterior del capitalismo (un fundamento *ad hoc* o *post factum*), sino una de las razones de su emergencia y desarrollo.

Pero Alberdi no es –resulta importante subrayar esta precisión– un reivindicador engeguedido o ingenuo del interés. Por supuesto, considera que el interés –la búsqueda egoísta del bienestar y la fortuna personales– puede servir a la prosperidad general, pero *siempre y cuando* no se lo satisfaga de manera desleal o inmoral. Al respecto, escribe en los tramos finales de su libro:

[...] la industria como la guerra son de ordinario un mecanismo de explotación desleal y ruinoso para la sociedad que se pretende servir. Wheelwright representa la salud en la industria, la honradez en las grandes empresas industriales, la moral en los medios de adquirir riqueza. Ganar su bienestar es hacer el bienestar de todo el mundo, es el colmo de la moralidad en la industria. La conducta de Wheelwright como empresario fue un dechado de esa manera de practicar el

trabajo industrial. El ganó su fortuna haciendo la fortuna de todos (*La vida*: 300)

Wheelwright, por tanto, no es meramente el ejemplo de cómo la industria, antes que la guerra, puede colaborar al engrandecimiento y la prosperidad de las naciones, sino de cómo la moralidad sin tachas debe regir a aquella actividad (en toda la biografía no se deja de insistir en la moralidad del biografiado). Si, según el argumento de Hirschman, antes del triunfo del capitalismo se operó una reivindicación moral del interés, en Alberdi hay cierta sospecha hacia los modos de consumir el interés, por ejemplo, mediante la industria, y por eso la moral debe vigilar el ejercicio de esos trabajos. No cualquier empresario es, en razón de esto, un empresario reivindicable, biografiado. Y, por ese motivo –*vg.* por su capacidad para ejercer *moralmente* los trabajos industriales–, Wheelwright es un modelo:

Es de estos hombres modelos, que la biografía, como elemento de educación, debe poner de bulto en pedestales elevados, a los ojos de las nuevas generaciones, que se trata de formar para hacer la grandeza de la América del Sur.

Wheelwright era el modelo de los empresarios que Sudamérica necesita. (*La vida*: 300)

### **Una biografía contra Sarmiento**

Alberdi sostiene que la historia de América del Sur está, en realidad, tramada por dos historias. Considera además que una de ellas, la de “las guerras y los guerreros”, como también la de sus “gobiernos”, ha tenido ya suficientes biógrafos e historiadores. La otra, “la historia civil y social”, la de “las obras” y “los héroes de la paz”, ha sido marginada por la letra. De esta segunda historia forma parte la vida de Wheelwright. Ocuparse de ella, entiende Alberdi, es ocuparse de ese relato silenciado.

Pero esta biografía de Wheelwright es también el intento de denunciar de qué manera la otra serie –la de las guerras, los guerreros y los gobiernos– puede interferir y malograr los planes que se fraguan en aquélla. Alberdi, por lo general reacio a personalizar las cuestiones, decide sin embargo darle un nombre a esa

interferencia nefasta de una serie en otra. Ese nombre, previsiblemente, es Sarmiento.

Es necesario tener presente la identificación de Sarmiento con Benjamin Franklin para que no resulten extraños los escrúpulos con que Alberdi revisa la biografía de este *founding father* en los capítulos iniciales de la biografía.<sup>6</sup> De entrada, al referirse muy sucintamente a la niñez y adolescencia de Wheelwright, Alberdi no olvida apuntar que este fue seguramente “más feliz que Franklin” (*La vida*: 32). Enseguida, al referirse a las dificultades que como biógrafo le presenta su sujeto, repara en ciertas características biográficas de Franklin que, al tiempo que lo separan de aquello que Wheelwright representa – algo así como el empresario puro–, de alguna manera enturbian su posible ejemplaridad:

La mayor dificultad que se presenta para escribir la primera parte de la vida de Wheelwright [...] viene de su modestia misma, es decir, de su falta de cooperación para tal obra, pues nunca se ocupó de escribir noticias de sí mismo. Es el caso ordinario de los hombres de acción más eminentes, no tanto en la guerra como en las empresas industriales. Franklin dejó escrito todo lo que se sabe de su persona, porque fue hombre de ciencia y se ocupó de política. (32)

Dos actividades –el ejercicio de la política y la escritura autobiográfica– aparecen aquí asociadas y, además, sutilmente impregnadas de cierta negatividad. En contraste con Franklin, la vida de Wheelwright es la de quien nunca se involucró en política ni tampoco incurrió en alguna forma de la autobiografía. Aquí, la alusión a Franklin reenvía a quien Alberdi tiene constantemente presente como contrafigura o casi como enemigo velado de su biografiado: ¿quién si no Sarmiento se ocupó de escribir “noticias de sí mismo”?

---

<sup>6</sup> En *Recuerdos de provincia* (1850) Sarmiento confiesa el impacto que le causó la lectura de una biografía de Franklin y, enseguida, asegura: “La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas. La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho un poco bien inclinado que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfección que concibe” (143-144).

Alberdi no sólo se permite alguna ironía acerca de la importancia de la tarea de Franklin como inventor sino que, al mismo tiempo, y para realzar la figura de Wheelwright, pone en duda la eficacia de la obra de aquél como político. Sin quererlo, sin buscarlo, por causa de sus obras industriales Wheelwright resulta mejor político que Franklin:

Wheelwright no inventó el pararrayos como Franklin, pero introdujo y aplicó, el primero, en Sudamérica, las invenciones de sus compatriotas [Robert] Fulton y [Samuel] Morse, que son más útiles que el pararrayo, eclipsado por el seguro contra incendios. No hizo tratados internacionales como Franklin, pero ha hecho ferrocarriles y líneas de vapores, que ligan a las naciones entre sí, mejor que los tratados diplomáticos (34)

Esta arremetida contra Franklin es sólo un aspecto del propósito que recorre el texto de Alberdi. Con alguna cautela al principio, y ostensiblemente en los últimos capítulos, *Vida de William Wheelwright* es una biografía escrita contra Sarmiento: contra el Sarmiento biógrafo, contra el Sarmiento político y aun contra el Sarmiento educador.

Esta biografía solicita ser leída como la contracara de las vidas de caudillos escritas por Sarmiento<sup>7</sup>. Es que si en *Facundo* "El mal que aqueja a la república Argentina es la extensión", y ese mal genera personajes como Facundo Quiroga; Wheelwright, con sus barcos a vapor y sus ferrocarriles, resulta ser quien "contribuyó [...] a la unificación o unión de toda la América por la supresión de las distancias inconmensurables, que separaban y aislaban a sus Estados" (*La vida*: 311). Los trabajos de Wheelwright son para Alberdi la historia de la transformación, o al menos del intento de transformación, de los espacios que habían engendrado sujetos cuyas vidas otros (vg. Sarmiento), desatinadamente, se encargaron de biografiar: "Wheelwright quería llevar la locomotora de civilización no sólo a Córdoba sino al país del Chacho y de Quiroga [...] pero no tuvo la suerte de hacerse comprender de políticos argentinos que presumen habitar con su genio las alturas de la poesía del progreso y de la civilización (216-217).

---

<sup>7</sup> "Era la antítesis de las biografías de Facundo y los otros malecheros descriptos por Sarmiento" (Mayer, *Alberdi*: 828).

La cita anterior aglutina a biografiados y biógrafo y recupera, a partir del verbo “presumir”, una idea que Alberdi ya había utilizado en su novela alegórica de 1871, *Peregrinación de Luz del Día: Sarmiento como Tartufo*. Alberdi descubre en William Wheelwright al verdadero héroe de la civilización en Sudamérica: el héroe que desenmascara a los impostores, a los tartufos, a aquellos que, más allá de los discursos, de “la poesía”, obran contra el progreso. El empresario Wheelwright es un reactivo que pone en evidencia a los falsos civilizadores, a los que “presumen” de tales. Símbolos contra símbolos, “el nombre y la personalidad de Wheelwright simbolizan la industria moderna en sus tribulaciones con las rutinas rancias del sistema colonial, simbolizado por castellanos viejos, disfrazados con trajes parisienses” (Alberdi, *La vida*: 255-256).

En los obstáculos con que Sarmiento, en el ejercicio de su presidencia, paraliza los proyectos más ambiciosos de Wheelwright; en el modo en que los sustituye por otros irrealizables como mera excusa para obtener empréstitos que se utilizan finalmente para adquirir maquinaria bélica; y aun en cómo él y sus ministros omiten el nombre de Wheelwright en los discursos que dan en las inauguraciones de las obras de las que éste fue, sin embargo, principal ejecutor, Alberdi propone aprehender al verdadero Sarmiento. Sarmiento, nos dice Alberdi, actúa ante Wheelwright al revés de cómo debería haberse comportado si su prédica civilizatoria hubiera sido algo más que discursiva (algo más que un disfraz, que pura verborrea de político; algo más que “poesía”): “Todos los gobiernos han acabado por dar a Wheelwright su entera y completa cooperación, con excepción del que menos debió negársela” (*La vida*: 21)<sup>8</sup>. Como

---

<sup>8</sup> Natalio Botana (*La tradición republicana*) establece un contraste iluminador entre esta biografía y la consagrada a José Francisco Muñiz que escribió Sarmiento sobre el final de su vida. Por un lado, el héroe de la paz, el empresario “alejado de la guerra y el poder”; por otro, el militar-científico: “doble personaje, guerrero en los hospitales de sangre, científico cavando el mundo inorgánico de la pampa” (430). Ambos serían los “arquetipos” o “paradigmas” (420) a los que, respectivamente, apuestan Sarmiento y Alberdi en los últimos años de su vida. “¿Quién habría de prevalecer?” (430), se pregunta finalmente Botana.

Para Botana, Alberdi le otorga a Wheelwright las características con que Alexander Hamilton había definido al *manufacturer* en *The Federalist*, pero con una diferencia central vinculada al “escenario distinto” en que desarrolló sus tareas empresariales: “En el diseño del autor de *El federalista* los *manufacturers* daban sustento a la sociedad comercial y al gobierno republicano. Desde la actividad privada creaban riqueza; desde el gobierno la administraban. En la perspectiva de un productor ciudadano, trabajo y política eran una misma cosa. Aquí, en cambio,

tantas otras veces en Alberdi –por ejemplo, en *El gigante Amapolas*–, se trata de reordenar, de redistribuir posiciones, de sacar máscaras.

### **El peor enemigo de Wheelwright**

Los dos proyectos que concretó Wheelwright en la Argentina, el ferrocarril entre Rosario y Córdoba y entre Buenos Aires y Ensenada, se inauguraron durante la presidencia de Sarmiento, en 1870 y 1872 respectivamente. Estos datos no obstan para que Alberdi haga de Sarmiento y su presidencia el principal estorbo para el buen desarrollo de los planes del empresario norteamericano en la Argentina.

Es este el punto en que una serie –la de las guerras, los guerreros y los gobiernos– interfiere perjudicialmente en la serie civil y social, aquella que la vida de Wheelwright simboliza. Es decir, los proyectos civiles del empresario sufren la interferencia de los caprichos bélicos del gobierno. Así, el proyecto del ferrocarril trasandino tal como lo había concebido el norteamericano se frustra, se reduce a meros retazos, a caminos domésticos, porque Sarmiento y su presidencia, según la versión de Alberdi, deciden servirse de ese proyecto y del nombre de su autor, o de otros de realización imposible que reemplazan a aquél, para obtener empréstitos fabulosos que finalmente tendrán otros destinos.

El gobierno de Sarmiento desplaza a Wheelwright de la construcción del ferrocarril trasandino, o impulsa otros proyectos sustitutos o irrealizables como el ferrocarril por el “Planchón” o el “puerto de [l ingeniero inglés John F. La Trobe] Bateman”. El objetivo último de esa política –el que entrevé y denuncia Alberdi, se entiende– sería obtener empréstitos (en particular uno de 30 millones de pesos) que finalmente se vincularán a “la guerra y los guerreros”: “Fueron públicas las aplicaciones de ese dinero a la compra de buques blindados y armamentos en Londres” (*La vida*: 226).

---

Wheelwright era un extranjero apartado del poder político, creador de un mundo con dos banderas y de un derecho análogo al del viejo asilo (las iglesias en medio de la barbarie), por el cual los estados guerreros de América del Sur reconocían por primera vez un pabellón neutral, bajo amparo británico, que garantizaba en los vapores la inviolabilidad de las personas” (Botana 423-424).

Entonces, si en la “Introducción” se afirma que en América del Sur la historia de la guerra y los guerreros había silenciado la historia del progreso, avanzado el texto es, en otro nivel, nuevamente la guerra la que eclipsa el progreso y la industria. El dinero obtenido para financiar la construcción de líneas férreas y puertos se malgasta en empresas bélicas, en “buques blindados y armamentos”.

Alberdi consigna cómo el silencio rodea el nombre de Wheelwright aun en los discursos que en la puesta en ejercicio de sus obras pronuncian Sarmiento o sus satélites. Sobre la inauguración del ferrocarril entre Rosario y Córdoba, en noviembre de 1870, Alberdi señala:

...en un país donde todo principio se personaliza; en que la libertad, hecha carne y huesos, se llama San Martín o Belgrano, el ministro delegado del Presidente [Sarmiento] hizo de Wheelwright una abstracción y pasó en silencio absoluto su nombre, que era todo el símbolo de ese gran evento (223)

En la inauguración de “la línea hasta la estación de Quilmes”, en abril de 1872, es nuevamente el “ministro delegado”, Dalmacio Vélez Sarsfield, quien celebra “la obra de Wheelwright, cuidando de no pronunciar su nombre” (275). Finalmente, pocos meses después, en la inauguración del trayecto hasta Ensenada, el “silencio ultrajante” se encarna en Sarmiento: “Esta vez se encargó de ese papel el mismo Presidente en persona, por su discurso que no habló sino de sí mismo y no calló sino el nombre de Wheelwright, en el festejo de una obra que era toda de Wheelwright y en nada del gobierno” (278).

Como biógrafo, Alberdi ansía conjurar con su letra un triple silencio: silencio de los historiadores, que se ocupan sólo de las guerras, de los guerreros y de los gobiernos; silencio del biografiado, “pues [éste] nunca se ocupó de escribir noticias de sí mismo” (32), y silencio de los gobernantes, que no lo nombran en los discursos de inauguración de sus obras.

## El héroe civil como guerrero

Sobre todo en los últimos capítulos, Alberdi no deja de insistir en la influencia que la biografía de Wheelwright y la de otros hombres similares podrían ejercer en beneficio de “Suramérica”: “Wheelwright es de esos hombres modelos que la biografía, como elemento de educación, debe poner de bulto en pedestales elevados a los ojos de las nuevas generaciones, que se tratan de formar para hacer la grandeza de América del Sur” (301); y pocas páginas después: “si la biografía o la historia de la vida de un hombre superior tiene por objeto promover la renovación del ejemplo o lo que vale decir renovar su existencia en otras de su especie, en ninguna parte la biografía de Wheelwright es más necesaria que en los países que fueron teatro de las obras que lo recomiendan a su historia” (315). Alberdi, en este caso, confía en que una biografía (un libro) puede lograr que su lector se vea incitado a imitar la vida que se narra en sus páginas: “La biografía o historia de la vida de un hombre tiene por objeto promover la renovación de su ejemplo o lo que vale decir renovar su existencia en otras de su especie” (314). Y de este modo Alberdi, que por lo general consideraba que era mucho más beneficioso para un país el ejemplo vivo y palpable que el libro, parece aquí más bien sarmientino: confía en que un libro puede modificar una sociedad.<sup>9</sup> Aunque también puede interpretarse que Alberdi considera que una biografía es algo más que un libro; considera que por narrar una vida hay en él algo vivo, visible, palpable. En razón de esto debe entenderse que para Alberdi una biografía –y no cualquier libro– puede ejercer la misma influencia que una persona. Una biografía de un empresario norteamericano es también, como el empresario mismo, un “pedazo vivo” de los Estados Unidos.

---

<sup>9</sup> “¿Cómo, en qué forma, vendrá en lo futuro el espíritu vivificante de la civilización europea a nuestro suelo? Como vino en todas las épocas: Europa nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las inmigraciones que nos envíe. Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilizaciones en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía. Se comprende mal la perfección que no se ve, toca ni palpa. Un hombre laborioso es el catecismo más edificante. ¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de los estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí” (Alberdi, Bases 1858: XV).

Pero el libro de Alberdi era además una invitación a que otros biógrafos siguieran la senda que él había abierto: es decir, *Vida de William Wheelwright* se proponía como modelo para sus lectores y, además, como modelo para biógrafos. Las pretensiones, como se ve, son muchas; los resultados, dudosos.

Leon Edel –el brillante biógrafo de Henry James– se refiere al “momento tremendo” en que el biógrafo debe decidir cómo hará para que “todos los detalles apiñados [fluyan] de manera ordenada y en una prosa lúcida, capaz de atraer al lector y de transmitir en cierta medida la intensidad que [lo] ha mantenido en su labor durante largos meses” (*Vidas ajenas*: 143). Esas decisiones no parecen haber abrumado a Alberdi. En más de trescientas páginas no consigue darle forma al entusiasmo que el personaje le genera. Acumula, sí, recortes de diarios, fragmentos de discursos y citas de algunas cartas de Wheelwright; repite fastidiosamente conclusiones y moralejas; y alude y elude intermitentemente a la descripción de empresas fabulosas. Con todo eso, sin embargo, consigue muy poco. Apiña detalles, pero no los hace fluir.

Además, como si se tratara de un destino inevitable, al escribir la vida de Wheelwright Alberdi no puede distanciarse de la guerra y los guerreros, al menos no lo suficiente como para evitar el fácil recurso de los tropos castrenses. Así, la vida de este pacífico empresario aparece sin embargo militarizada *ad nauseam* por la escritura de su biógrafo: “[la] vida [de Wheelwright] en Sudamérica debía ser una campaña de incesantes batallas, aunque todas victoriosas a la vez” (*La vida*: 51), “verdadero soldado moderno” (317), sus “armas [eran] el ferrocarril, el buque de vapor” (316). Paradójicamente, entonces, el biógrafo del “héroe de la paz” aturde con “soldados”, “campañas”, “armas”, “luchas” y “batallas” para darle sentido a la vida de quien –por las dudas se aclara–: “Aunque su vida entera fue una campaña de lucha con toda clase de resistencias, no tuvo lances con nadie y jamás descargó un arma de fuego” (309).

En igual sentido, el proyecto del ferrocarril trasandino le permite a Alberdi estimar la heroicidad de su biografiado a partir de una hazaña militar. Wheelwright, afirma su biógrafo, es un abortado “héroe de los Andes” (10); lo que

equivale a decir que Sarmiento obstaculizó la posibilidad de que el *empresario* Wheelwright igualara al *general* San Martín.<sup>10</sup>

En el último capítulo, Alberdi cavila sobre el arte de la estatuaria (antes, se recordará, había comparado al biógrafo con el escultor al establecer, como deber del primero, “poner de bulto en pedestales elevados” la vida de “hombres modelo” (301)). Sus conclusiones son similares a las que en la “Introducción” había establecido en relación con la biografía: “En Sudamérica todas las estatuas son elevadas para exaltar la gloria de los guerreros. Pero realzar al guerrero es realzar la guerra [...]. Por el contrario, realzar al empresario de obras útiles es realzar el honor de esas empresas” (317-318). Como si reconociera la modestia del “pedestal” que durante páginas y páginas ha urdido para su amigo y biografiado, Alberdi clama, en el cierre, por “una estatua a Wheelwright” (319). Pese al intento, la “poesía del progreso y la civilización” estaba aún por escribirse. Por lo tanto, la biografía de Weelwright es tanto la puesta en práctica de la escritura de las vidas hasta entonces silenciadas de los “héroes de la paz”, como el testimonio de la dificultad de escribirlas, de los obstáculos que se le presentaban al biógrafo (o al menos a este biógrafo) para prescindir, no sólo de los héroes de la guerra, sino también del arsenal de procedimientos de escritura que sus biografías habían impuesto. *Vida de William Weelwright* es, así, evidencia de que ese aprendizaje al que se refiere Carlo Ginzburg seguía siendo, en el último tercio del XIX, aún lento y trabajoso.

### **Un francés lee *Vida de William Wheelwright***

Así como treinta años antes, con su biografía de Juan Facundo Quiroga, Sarmiento había obtenido, luego de atravesar las arduas circunstancias que se narran en la carta “París” de *Viajes*, la atención de la importante *Revue de Deux Mondes*, Alberdi logró en 1876 que esa misma publicación francesa le prestara alguna atención a su biografía de William Wheelwright.

---

<sup>10</sup> La importancia del cruce de los Andes en la promoción a héroe de San Martín es central: “San Martín se ve promovido, ante todo, como un héroe de frontera; es así que el cruce de los Andes se destaca, notoriamente, como su hazaña máxima. Nunca es más héroe San Martín que en la proeza impar de trasponer ese límite [...]” (Kohan, *Narrar a San Martín*: 36). La otra analogía militar, se recordará, está al comienzo: Wheelwright como moderno Hernán Cortés.

Firmada nada menos que por el director-gerente Charles Buloz [*Le directeur-gérent, C. Buloz*], la reseña de *Vida de William Wheelwright* se publicó en el tomo XV de la revista, correspondiente a abril de 1876. En su mayor parte, esta noticia bibliográfica no va más allá del elogio del autor<sup>11</sup> o de la paráfrasis o el resumen del libro (de hecho, casi un tercio de la reseña, como era habitual en la época, es la traducción casi completa de una de las secciones del capítulo I, la titulada: “Reforma que la historia necesita en Sudamérica para mejora de su política”). En este sentido, Buloz destaca especialmente que el libro había sido hecho:

[...] para aumentar su gloria [la de Wheelwright], una gloria menos sonora, pero más pura, y fundada en muchos servicios rendidos a la civilización que los de la mayoría de los héroes, o los que tal cosa se pretenden, de la guerra, de la espada y de la política, en los diferentes teatros de su trabajo, las repúblicas del Mar del Sur y la República Argentina... (237)

La reseña, sin embargo, resulta atractiva por otras cuestiones. Una de ellas es el hecho de que Buloz señala algo que, si bien no está ausente del libro de Alberdi, no es en modo alguno algo central; no obstante, se trata de algo que sí parece ser fundamental desde la perspectiva –evidentemente eurocéntrica– de este francés: los trabajos de Wheelwright en América del Sur deben ser considerados como parte de una misión<sup>12</sup>. Al respecto, apunta Buloz al comienzo del texto:

---

<sup>11</sup> “M. Alberdi, viejo ministro de la Confederación argentina en Francia e Inglaterra, escritor político de primer orden, polemista ardiente y pensador profundo” (Buloz: 237)

<sup>12</sup> Pese a que, ocasionalmente, denomina a Wheelwright “misionero y propagador del vapor naval y terrestre” (Alberdi *La vida* 50), Alberdi insiste no obstante en que su biografiado no había sido un misionero o al menos no había sido tenido por tal. Al respecto, estas dos citas son sumamente significativas: “El interés de ganancia que los mueve, no les impide de ser en realidad los autores de la consolidación que la sociedad recibe de sus obras. Wheelwright, uno de ellos, ha hecho por la organización social y política de Sud América, más que muchos de sus hombres de Estado más eminentes. No por eso se ha creído autorizado para reclamar la palma de un misionero, ni el honor de un apostolado de civilización; ni ha pretendido tener parte en el gobierno, que contribuía á consolidar como institución por sus obras de viabilidad, como recompensa de sus servicios de orden social americano” (16, énfasis mío); “Los provechos del trabajo no impiden que la industria tenga sus héroes, como la guerra. Los héroes de la paz tienen de bueno la ingenuidad honesta de sus miras de ganancia. *Hacen el bien sin pretenderse apóstoles ni misioneros*. Su interés generoso y desinteresado por decirlo así, de que Wheelwright v.g. era un dechado, es la condenación de esa abnegación hipócrita y falsa de los que escriben o militan o predicán para vivir y enriquecer, al mismo tiempo que se dan por misioneros en ocupaciones que se hacen pagar con laureles y

M. William Wheelwright es un americano del Norte, nacido en un pequeño puerto de Massachussets en 1798, y muerto en Londres en 1873, que consagró 50 años de su vida, después del naufragio donde casi perece en el Plata en 1823, a grandes empresas en América del Sur. Allí él se encontró con numerosos y poderosos obstáculos para vencer, frente a los cuales triunfó a fuerza de energía y perseverancia, y allí encontró, junto a la fortuna en proporciones moderadas, la satisfacción de una especie de misión voluntaria que consideraba que no había cumplido completamente (237)

Otro elemento que quiero destacar de esta reseña, y que se vincula estrechamente a lo anterior, es que Buloz insiste en que los emprendimientos de Wheelwright en América del Sur no eran algo ajeno a Europa. Muy por el contrario, se apresura en afirmar que “la glorificación apasionada de obras de la paz del interés de la mitad de un vasto continente donde todavía todo está por hacerse” era un hecho también de indudable interés para “la vieja Europa”. Y, en este sentido, Buloz, que además cuenta que conoció a Wheelwright en su vejez y que éste conservaba aún una “actividad sin parangón”, propone una analogía acaso inevitable para ese momento de la historia de Francia:

Todo aquello que sus emprendimientos han costado a Wheelwright en lucha y perseverancia recuerda los obstáculos que debió enfrentar el creador del canal de Suez para lograr su realización, espíritu más brillante y convincente aunque igualmente tenaz y voluntarioso que el flemático yankee, cuyo biógrafo solicita, con justicia, que se le consagre un monumento a su memoria en América del Sur (239-240)

De este modo, a través de una nada inocente comparación con Ferdinand de Lesseps (cuando éste aún no había caído en desgracia), la labor de Wheelwright –y, consecuentemente, el libro que la glorifica– resulta desde el prisma de este francés un capítulo más en la historia del imperialismo: un capítulo más del avance exitoso de Europa y Estados Unidos en aquellas zonas del orbe donde, como sin eufemismos se asegura en esta reseña, “todavía todo está por hacerse”<sup>13</sup>.

---

honores el duplicado inmoral de un precio ya pagado y recibido en dinero” (181, énfasis mío). A mi entender, de estas citas se desprende que la voluntad de ser tenido como apóstol o misionero es para Alberdi un rasgo del narcisismo o de las pretensiones del tipo de héroe del que el *héroe de la paz* se diferencia tajantemente (el político o el militar). Los *héroes de la paz* son héroes a pesar suyo: sin quererlo, sin buscarlo y sin pretenderlo.

<sup>13</sup> Con respecto a esto, la última oración de la reseña es severísima en su descripción del estado político de las repúblicas de América del Sur: “Este libro se recomienda también por sus muy

Finalmente, la única nota al pie incorpora un lamento respecto del lacónico relato que hace Alberdi del encuentro, en su domicilio londinense, entre Juan Manuel de Rosas y su biografiado. Buloz se lamenta de que Alberdi no se hubiera atrevido a *contar más*:

M. Alberdi tan sólo menciona en su libro un encuentro que tuvo lugar en su casa en Londres entre el general Rosas, que desde 1852 vive oscuramente en Inglaterra, y M. Wheelwright, que pudo hablar poco y casi sólo escuchar. Es de lamentar que, sin duda por respeto a las leyes de la hospitalidad, M. Alberdi no haya contado nada sobre las palabras dichas en esa circunstancia por el anciano gobernador de Buenos Aires. Nos gustaría saber cómo, después de años de estancia entre la plena civilización del viejo mundo, aquel a quien M. Alberdi llama con razón el representante ingenuo del americanismo español a ultranza, juzga los hombres y las cosas del país que dirigió tan rudamente, sin otra institución que él mismo, y con procedimientos tan diferentes de los que se aplican allí hoy día, aunque en el fondo para y por la supremacía de la vieja capital del virreinato bajo la máscara de la federación, que él impedía organizarse, supremacía que en realidad era el pensamiento dominante del dictador argentino (239)

### **La traducción al inglés: otra biografía**

Al año siguiente de la publicación de *Vida de William Wheelwright* en París, y de la inmediata y elogiosa reseña en la *Revue de Deux Mondes*, apareció en Estados Unidos una traducción al inglés publicada por la casa editorial de A. Williams & Co., con sede en Boston. No se trata, sin embargo, de una mera traducción, sino de algo más complejo.

El libro se abre con una breve “Introducción” firmada por Caleb Cushing, entonces ministro de Estados Unidos en España, en la que se explica que

---

elevadas consideraciones sobre la inmigración extranjera en la América del Sur y sobre la protección que se le debe, y de él remarcaremos los juicios tan breves como audaces sobre los errores, las debilidades, la corrupción administrativa, el despilfarro financiero, la falsa libertad de la mayoría de estas nuevas repúblicas, excepto Chile hasta este día, que merecen toda la atención de los espíritus serios” (Buloz 240). En última instancia, creo que no exagero si aseguro que el cierre de esta reseña es una sibilina declaración de que esas repúblicas corruptas y mal administradas debían o necesitaban la injerencia extranjera en sus destinos; y así, la reseña de Buloz hace del libro de Alberdi algo más que una biografía de un empresario: desde la perspectiva de este francés, *Vida de William Wheelwright* debe leerse como un argumento más que justifica el avance del imperialismo.

La presente publicación ha sido preparada como un genuino acto de amor por los parientes sobrevivientes del Sr. Wheelwright. Es en su mayor parte la traducción, hecha por ellos, del trabajo del Sr. J. B. Alberdi, recientemente publicado en París, en idioma español, con el título de *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright*. (Alberdi *The life* III)

En los cinco párrafos siguientes, Cushing no economiza elogios hacia el biógrafo, a quien llama “eminente ciudadano de la Confederación Argentina, distinguido en la diplomacia y como escritor en cuestiones de jurisprudencia internacional” (III). Habiendo Wheelwright “honrado” al “país nativo” del autor como “pionero de todos esos grandes trabajos que en nuestros días han cambiado el rostro del mundo”, es “muy adecuado [*fitting*], entonces, que este conspicuo testimonio de sus méritos haya llegado hasta nosotros desde la América española a través del trabajo del Sr. Alberdi” (IV).

Los tres párrafos posteriores, sin embargo, se ocupan de otra cuestión: ¿es conveniente que una biografía de un ciudadano norteamericano escrita por un extranjero sea presentada a sus compatriotas sin más mediación que la traducción? En otras palabras, de ello surge la pregunta por dos cuestiones, relacionadas entre sí, que además en este caso son especialmente sensibles: ¿quién es la persona apropiada para escribir la biografía de una determinada persona?; ¿una única biografía es la adecuada a todos sus posibles lectores?

La respuesta que da el prologuista es que así como es adecuado [*fitting*] que Alberdi, en su calidad de ciudadano sudamericano, haya escrito la biografía de quien consagró casi toda su vida al progreso de esa porción del continente, también deben atenderse otras cuestiones al presentar ese texto al lector norteamericano. Escribe Cushing:

Pero el Sr. Wheelwright es, después de todo, un ciudadano de los Estados Unidos, devotamente apegado a su país, y que nunca, en medio de sus esfuerzos y trabajos en el extranjero, se olvidó de recurrir orgullosamente en todos los tiempos y lugares al recuerdo de su tierra nativa, su lugar de nacimiento, sus parientes y los amigos de su juventud.

Es entonces también adecuado [*fitting*] que los familiares que lo sobrevivieron deseen darle publicidad en su propia lengua al entero informe [*full account*] de los logros industriales delineados [*drawn up*] por el Sr. Alberdi. (IV)

En razón de esto, además de la “Introducción” de Cushing, a la traducción de la biografía escrita por Alberdi se le adosan dos apéndices (uno de ellos, el “Appendix A. Memoranda of the life of William Wheelwright, 1798-1873”, particularmente extenso)<sup>14</sup> que completan y hasta corrigen el texto original. De este modo, con estos apéndices se realiza el *full account* de lo que en el original en castellano estaba bosquejado o ni siquiera aparecía. Sólo así, con esta fuerte intervención de los traductores y editores, la biografía de Alberdi se adecua entonces al lector norteamericano. El mismo Alberdi percibió que, en su edición bostoniana, el libro era otro: una “novedad”. En carta del 5 de marzo de 1877 dirigida a su amigo Gregorio Benites, escribe:

Creo haberle dicho que he recibido de los Estados Unidos la traducción en inglés que de mi biografía de Wheelwright se ha publicado allá con un apéndice tan rico en noticias *que hace del libro una novedad digna de traducción de nuevo al español*. Trae una elegante introducción firmada por el célebre M. Caleb Cushing, Ministro Americano en Madrid. Cuando pueda, se lo mandaré. (Alberdi y Benites, *Epistolario inédito*: 38, énfasis mío)

Se trata, pues, y tal como se explica al comienzo del “Apéndice A”, de ofrecer al público de habla inglesa aquello que no había podido ser registrado desde la perspectiva sudamericana de Alberdi:

Pero al ofrecer esta traducción a un público de habla inglesa, aquellos que han estado involucrados con la tarea y que están más versados en la historia temprana y en la vida interior [*inner life*] del Sr. Wheelwright, no pueden evitar adjuntar un breve relato de algunos sucesos que no estaban dentro del alcance [*whitin the scope*] de la producción original. Alguna referencia a incidentes ya relatados, sin embargo, será inevitable, pero el principal objetivo será cumplido. Como el Sr. Alberdi se ha dedicado especialmente a la consideración del honorable registro público del Sr. Wheelwright, los traductores, en el recuerdo afectuoso de sus virtudes privadas, su disposición amable, su dispendiosa generosidad, y por sobre todas las cosas su sincero y ardiente Cristianismo, no limitado por ninguna intolerancia o

---

<sup>14</sup> Me detendré únicamente en los materiales del “Apéndice A”. El “Apéndice B”, mucho más breve (ocupa escasamente siete páginas), está sólo dedicado a recoger materiales acerca del proyecto de Wheelwright de un reglamento de caminos oceánicos para, entre otras cosas, evitar las colisiones marítimas.

sectarismo, no consideran inapropiada a la ocasión una modesta referencia a esos rasgos. (Alberdi, *The Life* “Apéndice A”: 4)<sup>15</sup>

Pero no se trata de referir únicamente aquello que no había podido ser abarcado desde la perspectiva de Alberdi (las *virtudes privadas*, la *vida interior*), sino también de precisar o especificar aquello a lo que el biógrafo sí había hecho referencia, particularmente la cuestión religiosa.

En el original en castellano, Alberdi utiliza cuatro veces la palabra “puritano” (dos como adjetivo y dos como sustantivo). En el “Apéndice A” de la traducción, se hace una aclaración al respecto; una aclaración que es, al mismo tiempo, una ostentación de autoridad *semántica* sobre el biografiado:

El “puritanismo” al que se refiere el Señor Alberdi, y en el que el Sr. Wheelwright fue educado, es un término general que un autor español [sic: *Spanish author*] no familiarizado con los varios grados de Protestantismo, adopta naturalmente; pero en este caso la palabra significa algo más específico. Es esa ortodoxia antigua de Nueva Inglaterra que prevaleció en los primeros tiempos de este siglo, cuando por primera vez fue claramente trazada la línea que la separa de la teología más liberal de los tiempos presentes (4).

Pero además de deslindar el significado de un término que el biógrafo sudamericano había utilizado con disculpable vaguedad, esta precisión sobre el “puritanismo” de Wheelwright apunta a otra cuestión: enfatizar que la exitosa vida de Wheelwright fue, antes que nada, el resultado de una educación religiosa basada en la lectura de las Sagradas Escrituras.

En el presente, cuando la opinión pública es favorable a desechar toda enseñanza religiosa e incluso a rechazar el uso de la Biblia en escuelas públicas, sería bueno considerar el efecto probable sobre el carácter que pueden producir esos dos métodos. *Nadie puede repasar estas páginas, ya sea la traducción o lo que ha sido adicionado, sin atribuir terminantemente el éxito del Sr. Wheelwright, la felicidad de la que disfrutó y que dio a las naciones, a la instrucción que recibió en su niñez. Y que se derivó mayoritariamente de las Sagradas Escrituras.* Fue educado para observarlas con la mayor reverencia, su conocimiento secular estaba todo basado en ellas; y cuando salió al mundo estaba así fortificado contra sus trampas y tentaciones, de modo que su carácter como hombre fue formado por una trabajo de base de la ortodoxia de

---

<sup>15</sup> Los dos apéndices se ubican al final del libro, con una numeración diferente aunque también en números arábigos.

Nueva Inglaterra y una superestructura [superestructure] del conocimiento del género humano (5, énfasis mío).

Por lo tanto, si los objetivos de Alberdi al escribir la biografía de Wheelwright consistían primordialmente en demostrar cuánto más importante era para la historia de América del Sur el relato de la vida de sus héroes de la paz e imponer y multiplicar un modelo de vida diferente al de los políticos o guerreros, los responsables de la traducción y los apéndices desean que la biografía sea leída por el lector norteamericano como un ejemplo palmario del error que implicaba desterrar la enseñanza religiosa y la lectura de la Biblia de la primera educación en los Estados Unidos. Vale decir, en esta edición norteamericana los agregados buscan imponer otro protocolo de lectura: el relato de la vida exitosa del empresario de Massachussets debe funcionar como argumento a favor de la conservación de esos métodos de enseñanza<sup>16</sup>.

Por lo demás, la insistencia en la interpretación en clave religiosa de la vida de Wheelwright recorre todo el largo “Apéndice A”. Por ejemplo, hacia el final, y en estrechísima sintonía con el párrafo del comienzo que acabo de citar, se asegura que:

Los pensamientos y planes del Sr. Wheelwright para la regeneración de América del Sur no estaban restringidos a las aplicaciones materiales. Su medio siglo de trabajo estuvo dedicado realmente a los avances de sus intereses materiales; pero una mente como la suya no podía dejar de advertir la relación de aquello con su elevación moral. ¡Qué potentes, en este sentido, deben ser esos poderosos agentes de la civilización, el vapor y la electricidad, si a ellos puede asociarse la inconmensurable bendición de una Biblia abierta, un Cristianismo puro! (45)

---

<sup>16</sup> El debate acerca del mantenimiento o la eliminación de la lectura de la Biblia en las escuelas públicas norteamericanas fue especialmente denso en la década de 1870. Al respecto, entre otros textos contemporáneos que ilustran el debate y que ahora están disponibles en versión digital, puede verse el volumen del Superior Tribunal de Cincinnati: *The Bible in the Public Schools. Arguments on the case of John D. Minor et al. versus The Board of Education of the City of Cincinnati et al.*, Cincinnati, Robert Clarke & Co., 1870. Un análisis actual del debate educativo en los Estados Unidos en la década de 1870 se halla en el libro de Ward M. McAfee *Religion, Race, and Reconstruction: the public school in the politics of the 1870s*, Albany, State University of New York, 1998 (especialmente el capítulo 2: “Church, State, and the School”).

En igual sentido, también en los tramos finales se cita el discurso que pronunció en el funeral el reverendo Leonard Withington, en el que afirma que los planes de Wheelwright para interconectar con trenes y barcos a vapor el continente sudamericano

...parecían ser el comentario de ese pasaje de las Escrituras que dice: “Preparad el camino del Señor, enderezad en el desierto un camino para nuestro Dios”.

[...]

Quizá me preguntarán. ¿Qué tiene esto que ver con su carácter religioso? ¿Pero acaso no advertís los signos de los tiempos? ¿No escucháis las palabras de las Escrituras? Considerad lo que el ferrocarril está ahora haciendo en los continentes del este: conectando Palestina, Turquía, Persia, el Indostán, China e incluso Japón, compeliendo a esos conservadores de las falsas ilusiones [*conservatives of delusion*] a suavizar sus errores y a moverse con el movimiento del mundo; y luego considerad lo que el profeta Daniel dice: “Muchos deberán correr de un lado al otro, y así el conocimiento se incrementará” (46-47).<sup>17</sup>

En definitiva, sin bien el “Apéndice A” de ninguna manera avanza contra el sentido que Alberdi pretende darle a la vida de Wheelwright (en todo caso, lo refuerza), el principal objetivo es presentarla como la vida de alguien que, mediante sus labores capitalistas realiza, a la manera de un Apóstol, una misión religiosa, regeneradora: la difusión de las Escrituras en aquellos lugares a donde aún no habían llegado. En manos de Wheelwright el vapor o el ferrocarril son instrumentos para la difusión del cristianismo.<sup>18</sup> Estamos, por supuesto, ante una modulación fuertemente religiosa de lo que, desde que Rudyard Kipling publicó un poema con ese título en 1899, se denomina “The White man’s burden”. Wheelwright emerge de este “Apéndice” como alguien que se

---

<sup>17</sup> Adviértase que esta perspectiva *religiosa* sobre el transporte y las comunicaciones es diversa de la de Alberdi, que hace énfasis en las virtudes políticas, económicas o diplomáticas de la labor de Wheelwright.

<sup>18</sup> En apoyo de esto, se citan, por ejemplo, las palabras que habría dicho Wheelwright acerca del telégrafo: “Cuanto más reflexiono sobre este poderoso y hermoso agente, me siento más inclinado a hacer silencio. Parece como si el gran Dios nos hubiera cedido este misterioso elemento para que se realice el cumplimiento de las palabras de las Sagradas escrituras, que anuncian un período de unión de todas las naciones en una sola hermandad, cuando habrá paz en la tierra, buena voluntad para los hombres” (25).

sobrepuso a las adversidades con tal de cumplir su misión y soportar estoicamente la *carga del hombre blanco*.<sup>19</sup>

Como se señaló, los primeros párrafos del “Apéndice A” prometen detalles de la vida interior y de las virtudes privadas del biografiado. Previsiblemente, los detalles que se dan sobre esa *vida interior* y sobre esas *virtudes privadas* son, casi todos, características de Wheelwright que apuntalan la construcción biográfica de un empresario que cumple una *misión apostólica*. Aparecen así, insistentemente, la perseverancia, una capacidad de trabajo que ni la enfermedad ni la edad menguan (“activo e infatigable como siempre, a una edad en la que la mayoría de los hombres buscan el reposo” [27]) y una voluntad imperturbable para sobreponerse a dramas personales como la pérdida de su único hijo varón, en 1862, y proseguir sus empresas sin desasosiegos. Varios extractos de su correspondencia que se citan ilustran esos rasgos; por ejemplo, casi sin solución de continuidad, entre las páginas 41 y 44 se ofrecen tres ejemplos significativos, de los cuales transcribo uno:

Al serle solicitado que renunciara a sus planes y volviera a casa [contesta]:

“Por momentos, siento un gran deseo de considerar lo que me dices, si pudiera, pero tengo mis manos sobre el arado y no debo mirar hacia atrás. Tengo un gran objetivo ante mí –un objetivo que concierne al bienestar de millones– y cuando comparo su valor con el de las preocupaciones insignificantes en las que me encuentro, las quejas se disipan, mi fuerza parece renovada para el combate, y sigo adelante con más energía que la que mi avanzada edad permitiría” (44).

Pero además, en este apéndice aparecen otras dos facetas de Wheelwright en las que la “producción original” no incursionaba y que, acaso tanto como el énfasis en la construcción de Wheelwright como apóstol o misionero, son la *novedad* (para usar el término de Alberdi) que presenta esta edición norteamericana.

---

<sup>19</sup> Se trata, en última instancia, de una cuestión de énfasis: si convenimos en que, tanto en el original de Alberdi como en la versión en inglés, Wheelwright es presentado como un “misionero del capitalismo”, en el primer texto el énfasis está puesto en la palabra “capitalismo” y, en el segundo, en el de “misionero”. El término “misioneros del capitalismo” fue acuñado por Jean Franco para referirse a los viajeros ingleses a América del Sur entre 1818 y 1828. Mary Louis Pratt se refiere a esos mismos viajeros u otros similares con el término afín de “la vanguardia capitalista”.

Una de ellas es que en estas páginas el cuerpo de Wheelwright adquiere por momentos un protagonismo que en las trescientas páginas del libro de Alberdi nunca tiene. Aparece así un cuerpo expuesto al peligro y a la proeza física: un cuerpo, entonces, que se corresponde con el “espíritu aventurero” [*adventurous spirit*] que se afirma que tenía el biografiado desde niño. Al comienzo del “Apéndice A”, por ejemplo, se lo presenta como un niño deseoso de llevar una vida de aventuras en el mar:

[...] la temprana vida de su padre había transcurrido en el mar, y al oír las historias del otrora activo capitán de barcos, pero ahora sedentario y viejo comerciante, el niño, afortunadamente para él y para los otros, se empapó del espíritu de aventura y decidió que él también debía conocer el mundo (5).

Enseguida, en unos pocos párrafos de la página siguiente se eslabonan dos incidentes de la juventud de Wheelwright dignos de cualquier novela de aventuras en el mar –el incendio total de un barco en el que trabajaba como “simple marino” (un episodio en el que pone en riesgo su vida para salvar a algunos compañeros que se estaban asfixiando) y, en 1817, ya como comandante y repuesto de una grave enfermedad que el año anterior había contraído en un viaje a una de las islas de las Indias Occidentales [*West India Islands*], el intento de asesinato que sufrió una noche en su cama por parte de un marinero portugués “problemático y amotinado” (6)– a los que corona el naufragio en el Río de la Plata en 1823, un episodio narrado con pormenores de los que el biógrafo argentino había prescindido:

En 1823 comandaba el barco *Rising Empire*, propiedad de su vecino don William Barlet. Había conducido la nave hasta el Río de la Plata, donde encalló en el banco de Ortiz, cerca de la boca del río. Ahí se produjo el naufragio total, con la pérdida de un miembro de la tripulación. La tripulación del barco subió a un bote con el cual, después de remar noche y día, alcanzaron la costa. Ahí, algunos indios, con quienes se habían conciliado mediante el regalo de tres o cuatro mosquetes que habían salvado del naufragio, los abastecieron con comida (7).

Las referencias a un cuerpo expuesto al peligro, a la enfermedad y la aventura no se agotan en estas páginas liminares; en las siguientes cuarenta y dos, al menos tres veces se narran anécdotas que ponen en primer plano el

cuerpo aventurero de Wheelwright. Son, podría decirse, algunas de las *aventuras americanas* de Wheelwright (en estos casos, puntualmente, en Perú, Panamá y Bolivia). Un ejemplo:

Dos o tres incidentes ocurridos durante este período [mientras era cónsul de los Estados Unidos en Guayaquil] son dignos de nota. Mientras cabalgaba en compañía de dos caballeros por el camino de Callao a Lima, el Sr. Wheelwright, que estaba un poco atrás, fue atacado por dos asaltantes. Sus amigos, a los que finalmente alcanzó, exclamaron: “¿Qué sucedió? Estás cubierto de sangre”. Descubrieron que una de sus muñecas estaba rota. Les dijo que, después de que le arrebataron su caballo y su billetera, al oír que uno de los asaltantes le decía al otro en español “Vamos a despacharlo”, les ofreció su reloj, al que percibieron como muy valioso. Entonces lo dejaron ir. Algo después fue arrojado de su caballo mientras viajaba al interior, y se le dislocó un hombro. Después de mucho sufrimiento, el hueso fue puesto en su lugar por un indio habilidoso (8).

La otra faceta de Wheelwright que se despliega en este “Apéndice” está vinculada a lo que podríamos llamar su *voluntad autobiográfica*. El texto ratifica, en principio, aquello que Alberdi establece como una cualidad meritoria de su biografiado: Wheelwright era alguien que no tenía inclinación a hablar de sí mismo, no era un charlatán ni un egocéntrico (como, para Alberdi, suelen serlo los políticos). En el “Apéndice A”, al respecto, se asegura: “Una marcada característica del Sr. Wheelwright era su desinterés en hablar de sí mismo y sus labores. El silencio de un hombre así es una saludable lección contra la multitud de charlatanes que no tienen nada para decir, de egotistas que nunca hicieron nada” (38).

Pero esa confirmación está inmediatamente mitigada: “Sin embargo, de sus cartas privadas (aunque muchas de las más valiosas están perdidas), se recogen no sólo incidentes de su historia, sino revelaciones inconscientes de su carácter, profundamente interesantes en su conexión con sus labores públicas” (38). Por tanto, si bien Wheelwright efectivamente no escribió ni una autobiografía ni unas memorias, y su escritura personal se limitó a la correspondencia privada, esa correspondencia, editada y, sobre todo, *hecha pública* por los editores de la traducción presenta, acaso paradójicamente, a un

Wheelwright mucho más dispuesto a *hablar de sí mismo* (o a *escribir de sí mismo*) que lo que había aseverado enfáticamente su biógrafo argentino.

Aparece, por ejemplo, un Wheelwright que a mediados de la década de 1830 se enorgullece en carta a su hermana de haber improvisado un discurso sobre “sus planes” ante trescientos o cuatrocientos de los “primeros hombres de Inglaterra” cuando fue sorpresivamente invitado al estrado en una de las reuniones de la Sociedad Geográfica de Londres; o de escribirle a su amigo Henry Ward, de Valparaíso: “Llegará un tiempo, posiblemente, en que mi memoria, al menos, hallará alguna justicia” –los editores, por las dudas, aclaran enseguida que “Esta es la única afirmación de este tipo que pueda hallarse en sus cartas” (16)-.<sup>20</sup>

Aparece, también, y aquí la sorpresa es grande, un Wheelwright interesado en la escritura literaria. Un Wheelwright que, por ejemplo, en carta a ese mismo amigo chileno, cita unos versos de Lord Byron como comentario a una conspiración que contra él habían urdido los directores de la Pacific Steam Company cuando era Superintendente:

Siento aquello que Byron tan bellamente describe como la causa de la prematura muerte de Henry Kirke White:

So the struck eagle, stretch'd upon the plain,  
No more through rolling clouds to soar again,  
View'd his own feather on the fatal dart,  
And wing'd the shaft that quiver'd in his heart.  
Keen were his pangs, but keener far to feel,  
He nursed the pinion which impell'd the steel;  
While the same plumage that had warm'd his nest  
Drank the last life-drop of his bleeding breast

Esto quizá te parecerá muy poético para un hombre del vapor, o un hombre de negocios, pero encuentro consuelo en él reflexionando que mi esfuerzo asegura el gran objetivo de mi vida, y eso, comoquiera que lo vea el mundo, me da la gratificación de conocer lo hecho (18).<sup>21</sup>

O, en igual sentido, un Wheelwright sobre quien se informa que luego de su muerte se descubrió en su álbum “algunos bellos versos con esta inscripción: ‘A mi madre’” (23).

---

<sup>20</sup> Algo, por lo demás, que la información acerca de la pérdida de gran parte de la correspondencia de Wheelwright que harán pocas páginas después pone en entredicho.

<sup>21</sup> El título del poema de Byron es “Eulogy On Henry Kirke White”.

Por otra parte, algunas de las cartas de Wheelwright que se citan (y también algunas de sus amigos ingleses o norteamericanos) sugieren la posibilidad de pensarlas en relación con el corpus de textos de viajeros ingleses a la Argentina que Adolfo Prieto (1996) estudió sagazmente. En *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Prieto señala que uno de los tópicos más visitados por esos *travel accounts* (un tópico que luego pasará a los primeros textos de la literatura argentina como “La cautiva” o *Facundo*) es la analogía entre las dilatadas llanuras de la Pampa y el océano. Al respecto, en el “Apéndice A”, se pueden leer tanto un fragmento de una carta de un amigo de Wheelwright (el Dr. Gould) donde éste cuenta que, cuando cruzó las Pampas, tuvo la sensación de atravesar un “océano de tierra” [*terrestrial ocean*] (34), como dos cartas del propio biografiado de mediados de la década de 1860 que se citan consecutivamente y que insisten en el mismo tópico:

1º de enero. Esta primera mañana del año nuevo se ha presentado de la manera más gloriosa: un cielo despejado y el aire frío de las pampas, y todo para llenar nuestros corazones de gratitud y amor hacia nuestro Padre Celestial por la misericordia que tan abundantemente nos brindó. Yo salí a las pampas, y no puedo describirte las bellezas de la salida y la puesta del sol en este gran océano de arena. En muchas partes nada interrumpe la visión, el primero y último de los filos curvos del horizonte se ven como en el claro y calmo mar. La perfecta quietud que sigue a la puesta del sol produce un efecto extraordinario. Tal entero reposo de la naturaleza, etcétera (39, énfasis mío).

De su primera visita a Rosario, Wheelwright escribe:

“No sé si alguna vez me sentí más alagado que ante la vista de este magnífico río (el Paraná). En todo su curso hay agua suficiente como para una línea de barcos de guerra, pero la entrada admite sólo dieciséis o diecisiete pies... Nunca hubo una región adaptada a los trenes como estas pampas. Se las ve como un océano de tierra, limitado en el horizonte por una colina o una loma; y el único refugio es un ocasional ombú [*umbre tree*], centinela del desierto.

“No hay cálculo posible que pueda abarcar la extensa variedad de bienes de la naturaleza que fluirán desde estas provincias cuando obtengan el ferrocarril, y yo no albergó dudas de que tendré éxito en cumplir con esto” (39, énfasis mío).<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Adviértase que aquí, como en los viajeros ingleses, la escritura utilitaria y la estética se encuentran solapadas sin conflicto (al respecto, ver Prieto [1996]).

El final de este “Apéndice A” (que puede entenderse como el final del libro ya que el “Apéndice B”, como dije, es muy breve y está consagrado a una cuestión puntual), es en algún sentido una nueva ratificación de la discutida hipótesis de la crítica francesa Pascal Casanova: en el siglo XIX, París era la capital indiscutible de la República mundial de las Letras. En efecto, el “Apéndice A” no se cierra con alguna declaración de los editores acerca de la importancia de Wheelwright, o con alguna carta o testimonio de sus contemporáneos que ratifique, una vez más, la relevancia del biografiado, sino con la traducción casi completa de la reseña que, el año anterior, había publicado la *Revue de Deux Mondes*<sup>23</sup>.

Podría decirse, pues, que esta traducción al inglés de la biografía de Wheelwright no sólo encuentra su legitimidad en el hecho de que se trata de la vida de un ciudadano norteamericano que debía ser divulgada, debidamente intervenida, entre sus compatriotas, sino también en que esta biografía –en que *la necesidad o el derecho de existencia de esta biografía*– había sido decretada, en París, por la *Revue de Deux Mondes*. Entonces, si en el último tercio del siglo XIX la supremacía política y económica de los Estados Unidos era ya, indiscutida, la escritura de la vida de algunos de los hombres que habían forjado esa supremacía no podía prescindir, al menos en ciertos casos, del espaldarazo de una institución literaria francesa (en este caso, de una muy prestigiosa revista).

Pero hay además algo del orden de lo biográfico (tanto del biógrafo como del biografiado) que explica estos cruces entre el español, el inglés y el francés que definen los avatares editoriales de la biografía de Wheelwright: el original en español publicado en Francia; la reseña en francés publicada también en Francia; la traducción al inglés publicada en Boston. Tanto Alberdi como Wheelwright fueron, por diversas razones, hombres itinerantes, que vivieron fuera de su patria gran parte de su vida. Por ejemplo, ambos se conocieron en Chile, donde uno vivía exiliado y el otro había llegado, algo azarosamente, luego del naufragio

---

<sup>23</sup> La transcripción omite el final de la reseña, en el que se denunciaba el carácter incivilizado de la guerra del Paraguay, y el estado de corrupción administrativa de las repúblicas sudamericanas, que con la excepción de Chile, tan bien describía, según el reseñador, el libro de Alberdi. También, la nota al pie en la que el reseñador se lamentaba de que la reserva de Alberdi le hubiera impedido dar más detalles sobre el encuentro, en su casa, entre Wheelwright y Rosas.

en el Plata de 1823. Vale decir, la trama de idiomas, reseñas y ediciones es, también, una suerte de correlato libresco de los itinerarios que estas vidas (la del biógrafo y el biografiado) trazaron virtualmente sobre el mapa del mundo.

## **Bibliografía**

Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (en *Organización de la Confederación Argentina*, tomo I). Bezanon: Imprenta de José Jacquin, 1958.

---. *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud*. París: Garnier Hermanos, 1876.

---. *The Life and Industrial Labors of William Wheelwright in South America*, translated from the Spanish, with Additional Memoranda, with an Introduction by the honourable Caleb Cushing, United States Minister to Spain. Boston: A. Williams & Co, 1877.

Alberdi, J. B y Benites, Gregorio. *Epistolario inédito (1864-1883)*, edición crítica de Elida Lois y Lucila Pagliai. Asunción, San Martín: Coedición de la Academia Paraguaya de la Historia, la Fundación “Biblioteca y Archivo Jorge M. Furt” y la Universidad Nacional de General San Martín, 2006.

Botana, Natalio. *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.

Buloz, Charles. “Reseña de *Vida y Trabajos industriales de William Wheelwright*”. *Revue de Deux Mondes*, tomo XV, abril de 1876.

Casanova, Pascale. *La república mundial de las letras*. Barcelona. Anagrama, 2001.

Cousin, Victor. *Cours de L'Histoire de la Philosophie*. París: Pichon et Didier éditeurs, 1828.

Dosse, François. *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007.

Edel, Leon. *Vidas ajenas. Principia biographica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Fontana, Patricio. “Imitación de la vida. Alberdi y las responsabilidades del biógrafo”. *Las aventuras de la crítica*. Compilador: Noé Jitrik. Buenos Aires: Editorial Alción, 2006, pp. 189-201.

Franco, Jean. "Un viaje poco romántico. Viajeros británicos hacia Sudamérica, 1818-28". *Escritura* (Caracas), año 4, n° 7 (enero-junio, 1979), pp. 129-42.

Ginzburg, Carlo. *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Hirchsman, Albert. *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before Its Triumph*. Princeton: Princeton University Press, 1977.

Kohan, Martín. *Narrar a San Martín*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.

Mayer, Jorge M. *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires: Eudeba, 1963.

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, traducción de Ofelia Castillo, Bernal, Universidad Nacional de Quilmas, 1997.

Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.  
---. *Recuerdos de provincia*. Barcelona: Editorial Sol 90, 2001.